

## Recuperando las hebras que nos componen

Edgardo Civallero

Conferencia inaugural del III Encuentro INELI Iberoamérica

"Las bibliotecas públicas como artífices de la construcción del tejido social"

Medellín (Colombia), 13 de junio de 2017

### Parte 1. De hebras y tejidos

Las famosas *llicllas*, las coloridas mantas tejidas utilizadas a lo largo y ancho de los Andes centrales, nacen de la unión de hilos de distintos grosores y tonos, combinados de manera que permitan crear un diseño y, en muchos casos, contar una historia a través de una secuencia estructurada de imágenes. Los dedos que tejen seleccionan los hilos con la *wich'una*, un punzón de hueso de llama, mientras la lanzadera va y viene, viene y va, produciendo de a poco un complejo patrón. De la misma forma nacen los muchos tipos de textiles elaborados en la altiplanicie de Guatemala, en la Patagonia chilena o en las montañas de México. Así también fueron confeccionados los célebres tapices europeos: esos en los que se narraron batallas, se perpetuaron leyendas, se mostraron paisajes...

Evidentemente, existen tejidos elaborados con un mismo tipo de hilo. Pero cualquiera que conozca al menos un puñado de los muchos misterios y secretos del telar sabe que la diversidad de los materiales y de los puntos es un valor agregado: uno que proporciona mayor fortaleza y resistencia a la tela final. Sabe también que sin texturas ni colores no se pueden crear patrones o dibujos y, por ende, es imposible contar una historia, transmitir un mensaje o compartir un código.

El tejido social funciona de manera similar. La propia expresión, "tejido social", evoca hebras que se cruzan, que se tocan, que se enredan, que se sostienen entre sí, todas ellas importantes, todas ellas necesarias y valiosas... De eso se trata, precisamente: de la trama compuesta por todos los miembros de una sociedad, un grupo o una comunidad, sus rasgos y valores —sociales, culturales— individuales y comunes, sus identidades, sus saberes y tradiciones, sus ideas y sus creencias... Pero no solo las hebras son importantes: también lo son sus interacciones y relaciones (la forma en la

que se enganchan y se entrecruzan) y los esquemas en los que todos esos elementos se organizan en una única trama.

Los artesanos de la aguja y el telar a lo largo y ancho del mundo suelen tener claro el diseño que quieren crear antes de ponerse siquiera a enhebrar hilos. También son conscientes de que no pueden usar lana de mala calidad, y de que han de poner mucho cuidado en su trabajo, para que no queden ni huecos ni puntos débiles en la trama, algo que echaría a perder el resultado. Las sociedades humanas no tienen un tejedor o una tejedora que se encargue de organizar sus hebras, de reforzar aquellas que parezcan más flojas, de relacionar unas con otras de esa forma sabia y consecuente con la que suelen hacer las cosas las artesanas y los creadores. Nosotros, nosotras, es decir, los hilos de esas sociedades, en una ardua tarea de autoconstrucción (individual y colectiva), nos hemos anudado, enredado y entrelazado unos con otros, convirtiéndonos a la vez en artífices del tejido.

Un tejido, unos tejidos, que, con mayor o menor fortuna, las distintas sociedades humanas hemos sido capaces de crear y de mantener durante milenios. Aunque, como era de esperar ante una tarea tan compleja, los desafíos y los problemas han sido numerosos. Y no siempre hemos sido capaces de darles una solución apropiada, como demuestran las brechas étnicas y nacionales, los abismos entre clases sociales y económicas, las diferencias entre géneros y entre generaciones, las inmensas distancias entre credos e ideas, los numerosísimos estallidos de violencia y conflicto, o la crisis socio-ecológica en la que estamos inmersos, por citar solo algunos de los retos y amenazas que existen actualmente.

Pero además de complejo, el urdido de nuestras sociedades es una labor eternamente inacabada. Las circunstancias a las que se enfrenta una sociedad, así como sus aspiraciones y sus búsquedas, van cambiando con el paso del tiempo. También lo hacen sus identidades y sus rasgos culturales. Todos esos sucesos sacuden un tejido social y ponen a prueba su solidez, la conveniencia de su diseño, la ingeniosidad de su estructura, la relevancia de lo que representa... A veces no queda más remedio que destejarse y volver a tejerse, reformularse como individuo y como sociedad. Esa reformulación, ese ejercicio de repensarse y recomponerse, lejos de la pretensión de crear un hombre nuevo y una nueva sociedad, supone —de manera mucho más modesta, pero también mucho más realista— mantener, conservar aquello que hace posible su existencia; reformar, modificar y corregir lo que sea necesario; y transformar radicalmente lo que amenaza con destruirla.

En la actualidad, entre los muchos oleajes, sacudidas y temblores que afectan a las sociedades globales se encuentran la caída en la pobreza y la indigencia de enormes sectores sociales en todo el planeta, la profundización de la brecha entre ricos y pobres, y el aumento de las desigualdades; el desarraigo forzado de poblaciones enteras y el establecimiento de corrientes migratorias que buscan oportunidades que pocas veces encuentran; la merma de posibilidades presentes o futuras para las generaciones jóvenes; la imposibilidad de acceder a derechos sociales básicos que permitan a una persona llevar una vida digna (educación, salud, empleo, vivienda, alimentación); los conflictos desencadenados por la escasez de recursos naturales no renovables, el cambio climático y la pérdida de diversidad; el auge de la intolerancia y el fundamentalismo, y la guerra como único método de solución de diferencias... Esta inestabilidad creciente en lo social ha estado íntimamente ligada a una serie de embates en el terreno de las ideas: el establecimiento de la cultura de consumo, la privatización y la mercantilización de todo tipo de bienes (incluyendo los comunes), la competitividad y el individualismo a ultranza como principios de acción y comportamiento, lo público como escollo, la pérdida del sentido de comunidad y de valores como la solidaridad, el diálogo o la cooperación...

Resulta desalentador contemplar semejante estado de cosas, asomarse a semejantes abismos, pero ese es nuestro primer desafío: hacernos cargo de la realidad. El segundo es (re)componer un tejido social sólido que sea capaz de enfrentarse a algunos de esos peligros y de construir refugios ante otros.

Un "tejido social sólido" es aquel en el que hay justicia y equidad, es decir, distribución justa de los recursos, igualdad de oportunidades y garantía de todos los derechos básicos. Los individuos que lo componen se sienten seguros y confían tanto en la estructura social como en el resto de quienes participan en ella.

Un "tejido social sólido" es aquel en el que existe un sentimiento de colectividad y de comunidad, y en el que cada cual reconoce el valor de las distintas contribuciones individuales y grupales al todo, y la importancia de su compromiso y su participación. Es un espacio en donde existe diálogo, intercambio, debate crítico, aportes continuos, colaboración...

Por último, un "tejido social sólido" es aquel en el que existe un sentimiento de pertenencia que resulta de experiencias compartidas y de relaciones fuertes y

estables. Un sentimiento que hace que un individuo se sienta cómodo siendo parte del conjunto.

En un tejido social que carezca de estos elementos, las hebras terminan desgastadas o rotas y comienzan a caer. La estructura se vuelve rala y apenas si logra mantenerse unida, y en los casos más serios, termina deshaciéndose. Las hebras desgastadas son individuos o grupos excluidos, minorizados, aculturados, atacados, olvidados, maltratados, invisibilizados, engullidos y triturados por la actual maquinaria capitalista de producción y consumo... Son individuos o grupos que tienen que soportar prejuicios, odio, violaciones sistemáticas de sus derechos más elementales, y las imposiciones de sectores que, por una miríada de motivos, ocupan posiciones dominantes, oficiales y mayoritarias. Todos ellos, desprovistos de una estructura social que los contenga y los enlace con otros para formar parte de un tejido común, quedan expuestos a la intemperie. En los Andes se los conoce como *wayra apamushqa*: en quechua, "los traídos por el viento".

Es inevitable que todos los tejidos sociales se enfrenten a cambios continuamente. La especie humana no ha dejado de evolucionar, de avanzar y retroceder y perderse en meandros intentando hacerse un camino, o al menos encontrar alguno que le resultase propicio o transitable. Afrontar esos retos, responder a ellos de forma medianamente acertada, aprovechar sus ventajas, prevenir, reducir, absorber o remediar el impacto y el daño que puedan provocar, tener capacidad de resiliencia, de adaptación y de aprendizaje, y hacerlo como comunidad, es lo que ha caracterizado a los tejidos sociales más exitosos.

Uno de los recursos que permiten tomar decisiones informadas a la hora de estructurar el tejido social, de mantener su solidez y de ayudarlo a hacer frente a las mudanzas y las dificultades es el conocimiento: una herramienta básica indispensable a la hora de reaccionar ante una oportunidad o una amenaza.

## **2. De saberes y tradiciones**

El conocimiento humano incluye varias esferas, entre las cuales una de las más interesantes es la del conocimiento que puede etiquetarse como "tradicional". Se trata de un acervo de saberes seleccionados, depurados y "curados" por muchas manos, comunitariamente, a lo largo del tiempo; es transmitido de generación en generación,

por lo general oralmente y usando unas formas bien determinadas; y recoge lo que un colectivo —grande o pequeño— ha considerado necesario (o importante) conservar, codificar y transmitir.

En líneas generales, ese tipo de conocimiento es el que compone la cultura básica de un individuo o un grupo y el que determina y mantiene viva su identidad, permitiéndole saber de dónde viene y decidir hacia dónde quiere o puede dirigirse. Curiosamente, es muy difícil darse cuenta de la fuerte presencia que tiene en nuestras vidas: solo cuando se comparan nuestros valores con los de otra persona, o cuando se vive en una sociedad que no es la propia de origen, se perciben diferencias y llegamos a comprender cuan profundas son las raíces de esos saberes que hemos heredado y que, en buena medida, nos hacen quienes somos.

Todos los valores, las enseñanzas, las ideas y experiencias transmitidas durante las primeras etapas de socialización de una persona pertenecen al acervo "tradicional" de un colectivo: desde la idea de familia y los tipos de relaciones mantenidos con cada uno de sus miembros a las reglas de tratamiento y respeto a "extraños" (y la definición de quién lo es y quién no lo es), pasando por normas de comportamiento y convivencia elementales, juegos y canciones, formas de dibujar, comidas y bebidas, creencias, expresiones e interjecciones, formas de reír y de llorar y momentos para hacerlo... Pero no solo eso: en ese acervo se incluyen leyendas y cuentos, mitos de creación y de destrucción, explicaciones sobre el entorno (natural o no) y sus componentes (desde el cielo y el agua a los animales y plantas más cercanos), lineamientos generales sobre la posición del individuo en dicho entorno natural y en el esquema social, narraciones históricas y pseudo-históricas, anécdotas y sucesos familiares y comunitarios, tabúes y normas no escritas, formas de actuar frente a los principales hitos del ciclo de la vida (nacimientos, muertes, uniones, separaciones, partidas, encuentros), formas de enfrentar problemas y de aprovechar oportunidades, y un muy largo y muy variado etcétera.

La enumeración anterior pone de manifiesto la relación existente entre el conocimiento tradicional y el tejido social. En el primero están codificados buena parte de los planos y las instrucciones necesarias para la construcción de una comunidad, sus lazos y estructuras fundamentales, el diseño de estrategias de conservación, adaptación y transformación, y el desarrollo de conductas como la convivencia pacífica, la colaboración, la participación, la ayuda, el respeto, la distribución de responsabilidades y beneficios... Asimismo, incluye la historia —muchas veces no

escrita— de ese grupo humano: un grupo que puede ser desde una sociedad al completo a un pequeño puñado de individuos con algún rasgo o interés común. En resumidas cuentas, esa forma de conocimiento expresa y transmite los caminos recorridos hasta el momento por determinadas personas y las estrategias que les han permitido recorrerlos juntos.

En líneas generales, los saberes tradicionales de una comunidad se mantienen y transmiten a través de la palabra hablada. No es el único método, por cierto: se hace lo mismo a través de tejidos, pinturas faciales, tatuajes y adornos corporales, cestos, diseños sobre cerámica y sobre calabazas, tallas, esculturas, pinturas y dibujos. Y sí: también mediante libros, revistas, magazines, boletines, cartas y otros formatos escritos e impresos. Pero la palabra hablada es, sin lugar a dudas, la más popular. Esos saberes hablados componen la tradición oral de un conjunto determinado de personas: una tribu urbana, los miembros de un sindicato, los pastores de varios pueblos vecinos, o los intérpretes de determinado instrumento musical...

La palabra hablada se caracteriza por necesitar un oyente y por ser gramaticalmente compleja (mucho más que un texto escrito), rica, dinámica, relativamente espontánea (aunque se sirva de ciertas fórmulas), inmediata e inestable. Y muy frágil. A veces también puede ser engañosa, enrevesada y espinosa, incluso para sus propios cultores: en la tradición oral lo tangible y lo intangible, lo objetivo y lo subjetivo se mezclan tan íntimamente que hay ocasiones en que no se puede distinguir lo uno de lo otro.

Aunque algunas de las piezas de información que la componen estén "fosilizadas", es decir, hayan sido transmitidas sin demasiadas variaciones durante siglos, la tradición oral es flexible y cambia: pierde parte de su contenido y gana otros nuevos, o sufre modificaciones más o menos notables a distintos niveles. Tales cambios pueden ser forzados, pero por lo general responden a las necesidades de un tejido social determinado, que también cambia y precisa adoptar otras reglas, otras normas, otras visiones de su historia, otras costumbres y tradiciones. O simplemente tiene que ajustar las viejas para reflejar mejor los nuevos tiempos.

La tradición oral se transmite en dos direcciones: verticalmente —entre generaciones diferentes— y horizontalmente, entre los miembros de la misma generación. Por lo tanto, además de perpetuar un corpus de conocimientos, esta forma de transmitir información estrecha los lazos sociales entre pares y entre mayores y jóvenes, fortaleciendo un buen número de estructuras comunitarias. Asimismo, favorece los

procesos de socialización y de educación, la producción cultural, y la vitalidad de las lenguas, especialmente las consideradas "minoritarias".

Las formas y los cauces que la tradición oral tiene para reunir y transmitir sus contenidos tienen por único límite la imaginación de sus productores. Puede ser canto o cuento, declamación épica o rima infantil. Puede ir acompañada de gestos o de música, ser parte de una expresión cultural más amplia —como el teatro o la danza— o no. Puede darse en un bar o en una cocina, en un taller o en un aula, en un contexto formal o en un ambiente informal. Puede narrar anécdotas sencillas o la genealogía de toda una familia real, humana o divina, desde el principio de los tiempos.

Y los contenidos transmitidos... son prácticamente infinitos. El mapa mental de los pastos para las llamas, o los sitios de recogida de marisco en una costa accidentada, con toda su detallada micro-cartografía. La historia de la invención de una bebida, la de la composición de una pieza musical, la de la creación de un dicho o un refrán, la que existe detrás de una foto... Las instrucciones para gestionar correctamente un pedazo de bosque o un río, para cuidar un cultivo, para encontrar una planta medicinal. La trayectoria de un partido político, de una empresa, de una fábrica, de una editorial, de un kiosco. El relato que atraviesa un libro, una esquina en una ciudad cualquiera, un muro cubierto de *grafiti*... Todos esos contenidos, por pequeños e insignificantes que parezcan, son pedazos de nuestra memoria, de nuestra historia, de nuestra esencia. Partes de nosotros como personas, como miembros de una sociedad, como componentes de un grupo, como habitantes de un lugar...

La tradición oral no se limita a aquellas sociedades o colectivos que no manejan las destrezas de la lecto-escritura; está vigente también entre las sociedades alfabetizadas. En realidad hay muy pocas ramas de la actividad humana que carezcan de un corpus oral asociado a ellas, por mínimo que sea. En las comunidades urbanas contemporáneas, la tradición oral tiene una presencia fuerte, especialmente entre aquellos grupos sociales (llámense minoritarios, desfavorecidos, alternativos o disidentes) que no han podido, por el motivo que sea, difundir sus opiniones y memorias por escrito. Pero también canaliza determinados saberes entre los sectores alfabetizados hegemónicos: mantiene vivos recuerdos familiares, historias locales, experiencias individuales o grupales relacionadas con ciertos acontecimientos históricos, tradiciones, juegos, artesanías... Por ende, además de servir de base al tejido social, como queda dicho, estas narrativas completan y equilibran la "historia oficial": esa historia generalmente hecha "a medida" que explica un pueblo, una

cultura o un país. Y permiten la existencia de pluralidad y diversidad, dos valores que generalmente se dejan de lado para favorecer los discursos dominantes y la historia única.

A pesar de haber sido ignorada e incluso despreciada por muchas disciplinas académicas —sobre todo cuando se la ha comparado con la escritura— la oralidad ha estado en todas partes, todo el tiempo. Está aquí, ahora mismo. Ha servido para la construcción y transferencia de conocimiento en cada lengua natural existente en el planeta desde que nuestra especie comenzó a hablar. La práctica totalidad de las experiencias, los proyectos, los sueños y los miedos de la humanidad, individuales o grupales, fueron *dichos*, fueron *pronunciados* en algún momento de su historia.

Una de las principales razones de la importancia de la tradición oral radica en ser el canal de saberes que, generalmente, no se encuentran en ningún otro lugar que no sea en las palabras habladas; saberes que se refieren a acontecimientos, procesos, ideas, valores y experiencias que no aparecen reflejados en ningún otro documento. De hecho, en ciertos casos la tradición oral transmite información al borde de la desaparición, codificada en lenguas igualmente amenazadas; se convierte así en el último refugio para un cierto conjunto de datos y, de esa forma, obtiene un considerable valor adicional.

Parte de esta tradición intangible ha sido plasmada, por diferentes motivos y mediante distintos métodos, en soportes físicos; es decir, ha sido convertida en documentación tangible, ya sean textos escritos o impresos, o materiales gráficos o audiovisuales. Esto libra a esos contenidos de la inestabilidad de lo oral y de un destino incierto, aunque, al mismo tiempo, los aísla de la cadena de continua revisión y transformación que sufre toda tradición oral, y de todo su riquísimo contexto, lo cual implica una pérdida sustancial de información.

Otra parte, sin embargo, todavía circula de boca en boca, desprovista de sujeción o anclaje a un elemento material. Es la parte más delicada, y la que más atención y cuidado necesita. En especial cuando pertenece a las hebras más ajadas de los tejidos sociales: esas que sufren presiones, discriminación, olvidos continuos... En ese caso los canales orales suelen estar muy dañados, y en ocasiones han dejado de funcionar, con la consiguiente pérdida de contenidos.



Una de esas hebras deshilachadas, aunque con excepciones, son los pueblos indígenas. No son los únicos, por cierto: en América Latina, las comunidades de afrodescendientes y muchas poblaciones campesinas y peri-urbanas sufren el mismo maltrato, desgaste y deterioro. El caso de las sociedades originarias suele recibir mayor atención por tratarse de colectivos históricamente subyugados, ninguneados y sometidos a todo tipo de presiones, injusticias y maltratos. Las condiciones socio-económicas en las que subsisten suelen distar de ser siquiera aceptables, y los problemas a los que deben enfrentarse de manera cotidiana están lejos de la imaginación del resto de sus conciudadanos.

Los pueblos indígenas fueron víctimas de las potencias coloniales y lo han sido de los gobiernos independientes que las sucedieron: padecieron sus políticas de genocidio y luego las de aculturación y "civilización". Las naciones nativas que lograron sobrevivir hasta el día de hoy lo han hecho con su patrimonio intangible significativamente mermado. Y si bien han recibido apoyos para detener y revertir, entre otras cosas, los fuertes procesos de erosión cultural que sufren, no se ha avanzado demasiado, más allá de las declaraciones de buenas intenciones.

Con todo, algunas de estas comunidades poseen tejidos sociales sólidos, que les han permitido identificar y defenderse de las agresiones, superar no pocas dificultades y afrontar numerosos cambios sin renunciar a su identidad y a su cultura. Han conservado su lengua, sus valores, sus memorias y sus ideas, y han ido incorporando elementos nuevos y modificando algunos de los antiguos para responder mejor a sus necesidades actuales. Es el caso de los Aymara en Bolivia, o de los Otavaleño en Ecuador. Además han sabido sumarse colectivamente a tejidos sociales más amplios (la sociedad boliviana y ecuatoriana en general, en los ejemplos anteriores), aportando sus conocimientos y sus ideas.

Sin embargo, la situación de la mayoría de los pueblos originarios es bien distinta: la destrucción de sus estructuras sociales, el descalabro de sus identidades y los reiterados golpes recibidos por sus culturas son procesos alarmantes y conducen, casi indefectiblemente, a su desaparición como sociedades, así como a la pérdida de sus lenguas y de muchos de sus conocimientos.

Esto último conlleva un menoscabo enorme en la diversidad humana, y el subsecuente empobrecimiento de nuestro patrimonio cultural global, cada vez más homogéneo y monocromo. Conlleva la pérdida de cientos de miles de volúmenes de la biblioteca

intangibles de nuestra especie: cosmovisiones irrepetibles; información selecta sobre ecosistemas, cultivos y farmacopeas; composiciones musicales y poéticas de miles de artistas anónimos; guiños, risas, hábitos, comidas, suspiros, sueños... E historias que cuentan el origen de todos y de todo.

Pero no se trata solo de los contenidos: también de las formas usadas para encapsularlos, y de los medios empleados para difundirlos. Están los juegos de hilo de los Wichí de Argentina y las calabazas grabadas de los Quechua de la sierra central peruana, los complejos *ülkantun* de los Mapuche y el canto-cuento de los Qom acompañados por el rabel *mwiké* de una cuerda, las fórmulas recitadas para la adivinación mediante hojas de coca de los Chipaya de Bolivia y las musitadas para pedir permiso a los dueños del bosque de los Mbyá de Argentina, el diseño de las máscaras de los Ayoreo de Paraguay y los complejos dibujos de los Shipibo de Perú... Todo eso y mucho, muchísimo más.

Si los pueblos indígenas o cualquier otro colectivo se desintegran y se desprenden del tejido social global, la trama quedará debilitada, y el resto de hilos mucho más expuestos y desprotegidos, faltos de nudos que los enlacen.

Un gran número de voces, pasadas y presentes, en contextos rurales y urbanos, han encontrado y siguen encontrando refugio en el conocimiento "tradicional" y en todas sus formas de transmisión. Todas ellas forman parte de la memoria humana. Si las bibliotecas están destinadas a ser las gestoras de esa memoria, deben incluir estas frágiles expresiones en sus colecciones.

Especialmente si tales bibliotecas pretenden jugar un rol en el sostén y fortalecimiento de los tejidos sociales dañados, que tanto abundan en estos inciertos tiempos que corren.

### **3. De casas del saber**

Las bibliotecas públicas son espacios comunitarios en los que se almacenan, conservan y difunden los saberes necesarios para las sociedades a las que sirven. Sociedades que, como queda visto, no son bloques monolíticos, sino tramas complejas, más o menos enteras, más o menos desgastadas, hechas de muchísimas hebras distintas.

Numerosos documentos y declaraciones —probablemente la más importante sea el Manifiesto de la IFLA y UNESCO de 1994— hacen hincapié en la absoluta necesidad de que la biblioteca proporcione servicios a todos sus usuarios, sin establecer diferencias de ningún tipo. Se trata de una aplicación puntual de los mismos principios que guiaron la redacción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, y que ponen el foco sobre la equidad y la igualdad de oportunidades. Dos elementos, como queda visto, imprescindibles para que un tejido social sea sólido.

Puede irse un paso más allá, recogiendo las propuestas de esa corriente de pensamiento y acción dentro de la bibliotecología llamada "bibliotecología crítica", "social" o "progresista", y afirmar que una biblioteca no debería estar basada en principios como la competitividad o el individualismo. Debería apostar por la colaboración solidaria, por la justicia social, por el trabajo en red, por el esfuerzo conjunto, por el desarrollo individual como parte del desarrollo comunitario, y por modelos sostenibles, que en algunos casos supondrán la adopción de programas minimalistas y/o decrecentistas. Por un *sumaq kawsay* y, si se quiere, por un *sumaq yachay*. En aquellos países atravesados por la cordillera de los Andes, tales ideas podrían sintetizarse en el concepto de *minq'a*: una reunión de la comunidad para ayudar a uno de sus miembros a realizar una tarea determinada. Se busca apoyar y reforzar todas y cada una de las hebras del tejido social, porque todas ellas son importantes para que la trama no se deshaga. Se busca que todos se involucren y participen, hoy asistiendo a uno, mañana al otro. Se busca que todos avancen con la participación directa, activa y solidaria del resto. No es un sistema perfecto, por cierto, pero ha funcionado por siglos. Aún lo hace.

Siga o no las recomendaciones, los lineamientos y los manifiestos internacionales, toda biblioteca pública, por el mero hecho de serlo, tiene siempre un doble rol que jugar. Por un lado, es uno de los hilos del tejido social: una institución insertada dentro de una comunidad determinada, que padece sus mismos problemas, está sujeta a sus mismas normas escritas y tácitas, está atravesada por todos los vientos de cambio, y comparte hábitos, culturas e identidades. En esa posición, debe interactuar con todas las demás hebras, mantenerlas y ser mantenida, y colaborar en la creación de un entorno que propicie la solidez del tejido.

Por el otro, la biblioteca es el principal almacén público de conocimiento, es decir, el único sitio en donde el saber se encuentra agrupado, organizado y disponible para el uso y disfrute de todos los que deseen hacerlo. Dado que, como queda dicho, el

conocimiento es una de las herramientas esenciales para lograr un tejido social resistente, duradero, complejo y rico, el rol que la biblioteca debe jugar en la provisión de información es vital.

Si bien existen excepciones, las bibliotecas públicas hacen todo lo posible por integrarse en su comunidad, por eliminar muros, barreras, vallas o fronteras que las separen de sus usuarios, por abrirse a los espacios comunales y participar en ellos con su presencia y todo lo que puedan aportar, por ser casas del saber. Apoyan directa e indirectamente a aquellos sectores que necesitan de su trabajo (por ejemplo las escuelas o los ateneos culturales) y reciben la ayuda de muchos otros colectivos. Analizan críticamente las necesidades y las posibilidades reales de sus usuarios, conscientes de la diversidad de las mismas, preguntando y dialogando y escuchando y discutiendo, y actúan en consecuencia, de forma responsable, justa y comprometida. Mantienen un pie en el pasado y otro en el presente, proponiendo futuros sin forzarlos. Son espacios y servicios abiertos y flexibles, que se adaptan a las circunstancias sin por ello cambiar continuamente su rumbo. Pues, además, son un faro y un puerto, una referencia. Muchas veces se convierten en verdaderos refugios; otras tantas son los adalides que encabezan y sustentan las luchas y las resistencias. Son pro-activas sin ser temerarias, son creativas sin ser delirantes. Y por todo ello son elementos muy valorados y apreciados por la sociedad a la que sirven. Son hebras esenciales del tejido social.

Las bibliotecas públicas compilan, dentro de sus posibilidades, todos los materiales y las herramientas necesarias para proveer a las sociedades a las que sirven del conocimiento que puedan precisar. Cumplen el rol de almacenes de la memoria común a todas las bibliotecas, permitiendo a los que la visitan asomarse al inmenso acervo cultural que compartimos como especie y que nos hace ser precisamente quienes somos, con todo lo bueno, con todo lo malo... Y a la vez facilitan el acceso al conocimiento estratégico y a los instrumentos necesarios para crecer, para desarrollarse, y para llevar una vida digna. Así, apoyan la alfabetización, la educación y el placer de la lectura; permiten descubrir nuevos saberes y tener nuevas experiencias (al contactar con otros idiomas, con otras culturas, con horizontes insospechados o desconocidos); proporcionan soluciones o puertas y caminos para encontrarlas...

Las bibliotecas ofrecen la seguridad de lo conocido por una parte, y la fascinación de descubrir nuevas oportunidades por la otra. El abanico es tan amplio como los recursos y la imaginación lo permitan.

Sin embargo, por un cúmulo de motivos, los conocimientos "tradicionales" no han sido incluidos en sus colecciones con la asiduidad que debieran, a pesar de tratarse de saberes que, como se ha señalado, resultan esenciales para cualquier grupo humano.

Con sus métodos de trabajo y una amplia experiencia como gestoras de información, las bibliotecas pueden recuperar, organizar, reforzar y divulgar ese tipo de conocimiento, tomando en consideración formatos, canales, contenidos, actores, espacios y formas (algunos de los cuales pueden ser muy distintos al estándar occidental) y abordándolos desde una perspectiva regional, e incluso descolonizadora. El conocimiento codificado oralmente o a través de medios "no convencionales" tendría, así, presencia en la biblioteca. Más allá de enriquecer la colección bibliotecaria y convertirla en el almacén de toda la memoria de su comunidad, vinculándola aún más estrechamente a ella, esa inclusión obraría como un reconocimiento a determinados sectores —por ejemplo los indígenas— que se han visto sistemáticamente ignorados o representados pobremente. En todos los sentidos del término.

No se trata solo de recuperar saberes: grabar oralidad, recolectar otros soportes y documentarlos... También se trata de utilizarlos. Los conocimientos "tradicionales" fueron creados y han sido mantenidos para estar en circulación, vivos y en constante evolución. Y sobre todo, para ser útiles. Limitarse a recogerlos y almacenarlos elimina buena parte de su valor. Cualquier biblioteca que aborde la gestión de este tipo de elementos debe, en primer lugar, analizar y estudiar su naturaleza, su estructura, su situación y cómo realizar su gestión y tratamiento; algo para lo que, lamentablemente, los bibliotecarios no hemos sido capacitados y sobre lo que hay muy poco dicho y escrito. Algo para lo que, por ende, será necesario mucho aprendizaje, mucha investigación y mucho ensayo-error de la mano de los propios usuarios.

Las bibliotecas públicas pueden usar el conocimiento "tradicional" para reforzar las hebras dañadas de su tejido social. Y para enriquecer a las demás. Pueden lograr que ciertos colectivos sean mejor conocidos, eliminando estereotipos y prejuicios y favoreciendo el intercambio, el aprendizaje y el reconocimiento mutuo; pueden recuperar historias locales que muestren el crecimiento de ciertos espacios, la desaparición de otros, y la presencia humana en todos ellos; pueden desenterrar memorias y costumbres valiosas y revivirlas, y pueden enterrar para siempre algunas costumbres totalmente innecesarias y perjudiciales...

Las nuevas tecnologías pueden unirse a las viejas a la hora de plantear y desarrollar esas y otras muchas actividades. Como todas, las nuevas tecnologías son herramientas que deben utilizarse cuando sea necesario y conveniente; el hecho de que existan no implica que deban usarse, ni que sean siempre necesarias o efectivas, mucho menos que deban imponerse. Además, no podemos olvidar que si bien la tecnología nos permite hacer una serie de cosas, también nos obliga a hacer otras de las que, a menudo, no somos del todo conscientes. Conviene, por lo tanto, mantener una prudente distancia frente a ellas para ver los efectos que introducen las TICs y, seguramente, adoptar algunas medidas preventivas.

Teniendo eso en cuenta, no cabe duda de que las nuevas tecnologías ofrecen muchas oportunidades: desde la elaboración de libros electrónicos sobre historia local construyendo archivos .epub a mano (lo cual no solo es posible, sino muy sencillo y hasta entretenido) hasta la creación de fondos orales en línea con software de uso gratuito y almacenamiento en la nube, pasando por la distribución, a través de determinadas redes y plataformas, de videos, imágenes y grabaciones que recojan sistemáticamente expresiones culturales comunitarias y provean información accesoria sobre las mismas. Siempre deben elegirse con cuidado los formatos y las herramientas más adecuadas para lograr un objetivo: en función del contexto, a veces, un libro cartonero o un fanzine impreso a mano es mucho más eficaz que un ebook; una exposición de fotografías en algún espacio colectivo, auspiciada por la biblioteca y asociada con documentación relevante, puede resultar mucho más convocante que una galería de Flickr; un anuncio radial, mucho más útil que un aviso por WhatsApp o por Facebook; una sesión de narraciones al aire libre, mucho más interesante que un video en YouTube. La práctica demuestra que una combinación de elementos "tradicionales" y "modernos" suele ser la forma de acción más efectiva. Y que deben aprovecharse todas las oportunidades para sumar, a lo que se haga, el valor agregado de los fondos y los servicios bibliotecarios.

Transitando esos caminos, llenos de riquezas a veces insospechadas, la biblioteca pública y sus usuarios acumularán conocimientos y experiencias que posibiliten transformar la realidad social. Y si alguna vez ambos extravían el rumbo, solo tienen que seguir hacia adelante. Según razonan los Aymara, adelante está el tiempo pasado: lo único que podemos ver. Lo único que conocemos. Lo único que es seguro y puede servir de referencia firme.

#### **4. De novedades e innovaciones**

Mirar al pasado, recuperar tradiciones habladas o dibujadas en cántaros y telas... puede parecer una absoluta y terrible pérdida de tiempo, una inutilidad, un retroceso. Sin embargo, hacerlo es algo absolutamente innovador.

La innovación se ha convertido en una verdadera obsesión en los tiempos que corren. Todos quieren innovar, o al menos aparecer como innovadores, ubicarse en la primera línea: mientras más disruptivos, mejor. Pero la verdadera innovación no es algo revolucionario: es un proceso lento, arduo, comprometido, generalmente ajeno a los brillos y a las fanfarrias.

No todo lo nuevo o lo novedoso es innovador. Se innova cuando se da solución a un problema de una forma que hasta el momento no se había intentado. O cuando se buscan caminos para salir de atolladeros (algo que hacen todo el tiempo los tejidos sociales sólidos). Para ello a menudo es necesario redescubrir, no reinventar, los objetivos esenciales (en nuestro caso, los de las bibliotecas) e intentar nuevas formas de alcanzarlos (algunas serán muy viejas, pero resultarán innovadoras porque no se habían probado antes). Y para eso, no siempre se requiere una abundancia de recursos (sobre todo tecnológicos). Como han demostrado hasta la saciedad numerosas bibliotecas latinoamericanas, la verdadera innovación tiene mucho de creatividad, de ingenio, de encontrar atajos o circunvalaciones para sortear dificultades, de ajustar los pasos al camino.

La mayoría de las nuevas ideas suelen ser una re-formulación de las viejas. Y raramente tienen un éxito inmediato: conviven con el fracaso, y a menudo suponen largos procesos de ensayo-error y de estudio y aprendizaje experimental, hasta alcanzar el resultado deseado.

Por otro lado, a la hora de innovar no podemos eludir ciertas preguntas: ¿Innovar a costa de qué? ¿A qué precio? ¿Dejando qué cosas atrás, o al costado? ¿Apostando por qué valores? ¿Bajo qué circunstancias, por qué motivos, para responder a qué necesidades? Innovar no es dejarse arrastrar por las circunstancias: es abordarlas, analizarlas y actuar consecuentemente, de forma crítica. No es dejarse llevar por los vientos y las corrientes de moda: es poner los pies en la tierra, porque se precisa tener un piso firme si se desea actuar e impulsar un cambio.

Las bibliotecas nunca han dejado de innovar. Está en su propia naturaleza: se adaptan a las necesidades de su comunidad, son flexibles, y saben utilizar los recursos disponibles para solventar las situaciones críticas por las que atraviesan. Ocurre que, guardianas de memorias como son, las bibliotecas siempre han sabido mantener cierta calma y cierta prudencia (al menos hasta tiempos recientes) y han preferido quedarse un paso por detrás de la primera línea de cambio. Para cuidar mejor lo que protegen.

A veces innovar implica prestar atención a lo que nos rodea cotidianamente. Otras, significa tener la valentía de mirarse al espejo (algo que no suele hacerse muy a menudo, o que incluso se evita). O ir un paso más allá del espejo y mirar hacia adentro para dejar de seguir cantos de sirena ajenos y preguntarnos qué es lo que estamos haciendo, qué es lo que queremos hacer, hasta dónde queremos llegar.

En un mundo en el cual el cambio constante parece ser la norma y el movimiento y la velocidad, una necesidad, romper esa tendencia y detenerse resulta algo verdaderamente innovador. Detenerse para tomar distancia. Para respirar. Para mirar hacia atrás y analizar lo andado, lo que ha funcionado y lo que no. Para recomponer lo erosionado, para reforzar hebras sociales muy gastadas. Para cultivar la solidaridad y el respeto, para hacer comunidad, para rescatar diversidad. Para recuperar conocimientos e identidades (por viejas que sean) que nos hagan más fuertes y nos den una mayor resiliencia.

Detenerse y mirar hacia atrás —y, por qué no, hacia adentro— no solo resulta innovador. También es inteligente, pertinente, necesario, saludable y responsable. Y un poco mágico. Aunque esto último no es más que una licencia personal.

## **5. Conclusión**

A lo largo de esta conferencia me han acompañado en un viaje que nos ha llevado a explorar las características de los tejidos sociales y de las hebras que los componen, así como la importancia de que esas tramas sean sólidas para afrontar una serie de retos. Revisando los pilares que sustentan esos tejidos, hemos encontrado el conocimiento, y nos hemos detenido en el denominado "conocimiento tradicional": esa serie de valores, ideas y saberes acumulados a lo largo de generaciones, que definen buena parte de nuestra identidad y de nuestra cultura y nos dan una mayor capacidad para vivir en comunidad y para reaccionar ante circunstancias variables o adversas. Hemos



visto como buena parte de esos conocimientos "tradicionales" se transmiten de forma oral: un medio frágil e inestable (pero al mismo tiempo rico y apasionante) para una información que, en algunos casos, puede resultar única. Como la que, a través de las palabras habladas, aún intentan perpetuar los pueblos indígenas, y otras tantas sociedades etiquetadas como "minoritarias".

Hemos hablado asimismo del rol de las bibliotecas públicas como parte del tejido social, y como medio para ayudar a sostenerlo, entre otras cosas, a través de la recuperación, la organización, la divulgación y el fomento de conocimientos "tradicionales". Finalmente, nos hemos aproximado brevemente a uno de los conceptos-clave de este encuentro: la innovación. Un concepto que no ha sido nunca ajeno al mundo bibliotecario.

Y hablando de innovación quiero cerrar esta conferencia. Durante las últimas décadas, las bibliotecas públicas latinoamericanas han derrochado creatividad. A veces no les ha quedado más remedio que ser innovadoras, incluso revolucionarias: las circunstancias socio-políticas y económicas han convertido el continente en un enorme laboratorio de pruebas, en el que se han ensayado numerosos modelos, cada uno adaptado a un nicho particular, cada uno basado en unos recursos determinados, generalmente escasos. Miles de bibliotecarios han puesto en práctica soluciones imaginativas, y han desarrollado estrategias y métodos para atravesar por situaciones difíciles sin por ello dejar de servir a sus usuarios.

Muchas de las ideas que les he contado hoy —en realidad, casi todas, pues yo soy un eslabón más en una larga cadena de historias— no son nuevas: derivan directamente de experiencias ya desarrolladas en las bibliotecas de América Latina, cuyos trabajos conocí en primera persona, o en los cuales participé directamente. No sé, pues, si será posible aportar algo novedoso en esta tierra de realismos mágicos, de leyendas vivas, de paisajes increíbles, de mil lenguas y mil sonidos y mil desafíos y mil problemas. Quizás mi aporte se reduzca a una simple reflexión: a la hora de innovar, hace falta volver la vista atrás (seguir hacia delante, como dicen los Aymara). Abrazar las historias y los saberes que recorren nuestro pueblo, una sola gente que son mil gentes. Ser parte activa y plena de este mundo multifacético, en el que hay muchos mundos.

Y, sobre todo, cuidar de todas las hebras que componen nuestros tejidos.